

COLOMBIA Y MÉXICO UNIDOS POR TRADICIÓN, MIRAN CON OPTIMISMO EL FUTURO

*Discurso del presidente Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la cena ofrecida por su homólogo
de los Estados Unidos de México.*

México, D. F., 7 de diciembre de 1998.

Como colombiano y latinoamericano, el hecho de encontrarme esta noche aquí representa el más alto honor. Este encuentro constituye un importante avance en la vigorosa trayectoria de las relaciones colombomexicanas, las cuales vienen de muy atrás, y han dado ejemplos de fructífero entendimiento; este espíritu abarca la concertación política además de las relaciones comerciales, y se refleja en la creación de nuevos mecanismos de consulta, y en la ampliación de los temas de cooperación para enfrentar los retos de los nuevos tiempos.

Quiero expresarle mis mejores votos por el camino que aún debe recorrer en lo que resta de su mandato porque usted es dueño de un capítulo de la historia de México y de América Latina que es decisivo para tener certeza de nuestro destino.

Agradezco, igualmente, y me honro de ser portador del Águila Azteca que es, entre las "órdenes" una de aquellas que imprime un carácter especial a quien la porta, ya que el águila es la permanente reminiscencia de ese ayer indígena siempre presente en este orgulloso mestizo que somos y que Vasconcelos bautizó acertadamente como la "raza cósmica".

Bien se siente el cóndor de los Andes con la cercanía del Águila Azteca porque ambos aman la libertad pero, igualmente, ambos tienen en la mirada el horizonte presentido y el sentido del porvenir. Solamente quien puede volar alto y largo tiempo es merecedor de futuros.

Hoy en día es esencial trabajar a fondo por recuperarle a nuestras sociedades dos especies, lamentablemente, en vías de extinción: los poetas y los políticos. Necesitamos quienes sueñen mejores días y necesitamos quienes se atrevan a realizarlos. Así como la poesía no se agota en la versificación la política no se agota en la administración. Una de las deficiencias de nuestras democracias reside en su tendencia a magnificar lo "coyuntural" y a olvidar que se gobierna no tan sólo para el "hoy" sino para el mañana infinito que trae la historia.

Es por eso que son cada vez menos frecuentes los estadistas y han hecho su aparición los agitadores que en "buen romance" son aquellos que a punta de bullicio y de ruido quieren convertir pequeños acontecimientos en historia.

Que bueno, señor Presidente, sería el que al final de nuestros mandatos pudiéramos entregar la antorcha a una generación comprometida con un "sueño" legítimamente propio.

Octavio Paz, ese filósofo, poeta y político que nos enseñó a pensarnos, a soñarnos y nos entregó el impulso para realizar lo uno y lo otro, sustituyó la afectación de términos como "coyuntural" y "estructural" y nos devolvió la ingenuamente inteligente expresión de los mayas que nos hablan de "la cuenta corta" y de "la cuenta larga" para señalar que el político y el gobernante deben cuidarse tanto del hoy como del mañana y que en ello está el equilibrio y la certeza de una buena política.

Gobernar, legislar, rebelarse, participar, son actividades que deben someterse a ese cauce de dos orillas que son el hoy y el mañana, sin pretender romper el equilibrio que ambas exigen. Tan nefasto es el populismo del "todo para hoy" como el utopismo del "todo para mañana" porque el uno derrota la historia y el otro la convierte en una ficción.

Hemos firmado, señor Presidente, una serie de acuerdos todos ellos muy importantes pero no hemos firmado el más importante de ellos por la sencilla razón de que la hermandad que existe entre nuestras naciones, ese sentido real de ser los dueños de "nuestra América" no puede someterse al protocolo de una firma por ilustres que ellas sean.

Quiero advertir que no es retórica porque en la historia siempre nos hemos encontrado en la frontera desde la cual se defienden la libertad, la justicia social, la paz y ese derecho tan irrenunciable a pensar y a decidir por nosotros mismos.

No es el momento para hacer un balance de nuestro "estar juntos" en el acontecer de nuestros pueblos, pero casi no hay autor mexicano que no deje descubrir las huellas de una colombianidad asumida y no hay autor colombiano que no se sienta orgulloso de una mexicanidad evidente. Porfirio Barba Jacob, García Márquez y Alvaro Mutis están en la cima de una lista que tiene su correspondencia en el arte, en las ciencias, en la tecnología y aun en la historia, aseveración que puede testimoniar ese gran pensador de nuestro común es tino que es don Leopoldo Zea.

Qué bellas páginas de cooperación han escrito no sólo la Universidad Autónoma de México, el Colegio de México, el Instituto Tecnológico de Monterrey y el espíritu de ese otro gran mexicano de la Universidad Autónoma de Guadalajara don Luis Garibay que ha dejado huella con su sereno y eficiente pensar.

Apreciados amigos: la presencia de ustedes aquí es esa firma espiritual que requerimos para seguir sintiendo el gusto de "ser nosotros mismos" e ir hacia la globalización con nuestras "señas de identidad" intactas para aportar el latinoamericano sentido del vivir que nos conduce a asumir la vida como misión y no simplemente como tarea.

A usted, señor Presidente, en México y a mí en Colombia nos ha tocado el destino de preparar nuestras naciones para el ingreso en el tercer milenio, en ese siglo XXI, que doblará la página y desafía a escribir nuevas realidades.

Nuestra función no ha sido, no es y no será fácil; tendremos que recuperar el sentido de autoridad vinculándola al imperativo tanto de la verdad pública como de la verdad privada que deben ser convergentes porque la verdad es la verdad.

Tendremos que recuperar nuestra capacidad de autocrítica y de crítica para superar el "comentario interesado" como forma de defensa o de ataque de intereses subalternos.

Tenemos que recuperar la capacidad de solidaridad para cerrar esta brecha dolorosa entre ricos y pobres que amenaza erosionar la realidad con las fuerzas evidentemente destructoras del desempleo, de la migración y de la exclusión.

Tenemos que ser capaces de construir la tolerancia sin caer en la permisividad que paraliza. Ser tolerante es darle curso a lo soñado y a lo pensado. La auténtica tolerancia siempre va unida al reconocimiento de proyectos por construir una sociedad mejor. Cuando esta finalidad no es evidente no se puede ser tolerante porque se está entregando el terreno al terrorismo.

Tenemos que ser capaces de profundizar la democracia en regionalización, descentralización, integración, reconociendo que la mejor manera de ser global es siendo auténticamente local.

Tenemos que ser capaces de recuperar el sentido de justicia social porque es, fundamentalmente, en nuestras ideas y en nuestras manos donde está jugándose el destino de la gente.

y, finalmente -señores-, tenemos que recuperar y profundizar nuestra cultura que no es otra cosa que el saber para qué vinimos al mundo, para comprender qué debemos hacer en él y sobre todo para ser conscientes que al final tenemos que dejar esta sociedad mejor de lo que la encontramos.

Asistimos a la construcción de un nuevo mundo en las relaciones internacionales. Testimonios de ello encontramos casi a diario, y esto hace que nuestra tarea como región y como Estados, esté llena de perplejidades, pero a la vez, de perspectivas y esperanzas. Hago esta alusión, porque fue precisamente en este contexto de cambios políticos, económicos y jurídicos, que en los años ochenta, la América Latina inició la etapa más reciente de su historia política.

La impronta de ese decisivo proceso fue el resurgir de la democracia en todo el continente. Se dieron así las condiciones para el nacimiento de un importante movimiento hacia la convergencia regional, cuyo sentido fundamental es fortalecer la democracia, pues ésta es el único escenario para alcanzar el bienestar

económico y avanzar en la integración, la cual desde entonces venimos impulsando y cuyos logros se expresan en el crecimiento sin precedentes de las corrientes comerciales.

Justamente, fue en este nuevo ambiente de libertad que sobresalió la acción de México y Colombia para crear el Grupo de Contadora, el cual, como recordamos, originó la creación del llamado grupo de apoyo, en un movimiento que condujo, poco después, a la formación del Grupo de Río. Creo no exagerar, al afirmar que estos esfuerzos de nuestros Gobiernos, y el de Venezuela, por asimilar los cambios derivados de la globalización y fortalecer nuestra autonomía y solidaridad, captaron el deseo profundo de la región por consolidar su posición internacional, teniendo en cuenta sus sentimientos, tradiciones y rasgos específicos. Así vimos y vemos el significado más auténtico del Grupo de Río.

Como tuvimos la oportunidad de comentarlo en nuestro encuentro en la ciudad de Panamá, la agenda de este grupo de concertación y consulta, debe seguir siendo lo suficientemente flexible como para atender en forma oportuna, las preocupaciones de América Latina y el Caribe frente a las situaciones que inciden sobre el futuro de sus pueblos. Precisamente en Panamá, los Jefes de Estado y de Gobierno del Grupo de Río, por oportuna sugerencia suya, señor Presidente, hicimos una profunda reflexión sobre la crisis financiera internacional y su incidencia en nuestra región. Lanzamos en esa ocasión un urgente llamado a los organismos financieros internacionales para que se involucraran en la solución de la crisis. En cierta medida, nuestra exhortación ha sido atendida, pero falta mucho por hacer.

Esperamos que a través de la adopción de políticas económicas adecuadas, el aporte de los países desarrollados y los organismos financieros internacionales, se pueda superar para bien de nuestros pueblos, la actual crisis, evitándose así una recesión que podría tener incidencias altamente negativas sobre nuestros países y sobre las posibilidades de desarrollo de nuestros pueblos.

Además de concertar nuestras posiciones en el Grupo de Río, Colombia y México, acompañados de Venezuela, seguimos desarrollando nuestra acción en el Grupo de los Tres. Anclada en el mecanismo que concebimos a finales de los años ochenta para coordinar la cooperación con Centroamérica, dicha iniciativa, y su amplio proyecto económico, de liberación comercial y de cooperación, sigue adelantándose en el contexto de la globalización. Queremos reiterar nuestro vivo interés en recuperar y extender la dinámica del grupo.

El Caribe es un escenario fundamental en nuestro proyecto internacional, y también allí hemos coincidido con México en la concepción de un mecanismo para potenciar la cooperación y acercamiento. Al crear la Asociación de Estados del Caribe respondimos a ese requerimiento. Colombia ha participado con entusiasmo en la etapa inicial del organismo, y estamos decididos a contribuir aún más en su consolidación.

Colombia, señor Presidente, como país de sólida tradición democrática, ha decidido asumir con determinación y sin derrotismos, los retos que le plantean sus características internas y el contexto internacional. Contamos no sólo con voluntad política, sino con acervo cultural y potencial humano. Hemos aceptado con optimismo el gran desafío de combinar y equilibrar las necesarias políticas de ajuste con proyectos ambiciosos de desarrollo social. Hemos concebido una estrategia de paz integral, basada en el respeto al estado de derecho y el diálogo, y dar prioridad a los aspectos económicos y sociales del proceso.

No queremos que ninguna de las partes en conflicto pueda considerarse victoriosa. Por el contrario, nuestra profunda aspiración es que todos podamos declararnos vencedores por haber alcanzado la paz. Dentro del concepto de una diplomacia para la paz, estamos abriendo espacios para la colaboración de países hermanos y amigos en este empeño, pues estamos seguros que la comunidad internacional está en capacidad de hacer contribuciones para alcanzarlo.

Permítanme -finalmente- decirles algo en forma de confesión ... he escrito estas palabras siguiendo reflexiones de autores de "esta tierra bendita de Dios" que es México -según se lo escuché cantar a don Pedro Vargas- y más aún para seguir el consejo de mi abuelo materno Carlos Arango Vélez que solía regocijar su espíritu leyendo autores de aquí y a quien se debe la factura de un hermoso discurso sobre Benito Juárez y a la no menor devoción de mi padre -el ex presidente de Colombia Misael Pastrana Borrero que regocijó su espíritu y sus sueños en inolvidables acontecimientos del pensar político aquí en esta ciudad; en el Querétaro de las campanas, en Cocoyoc y en Guadalajara y quien siempre afirmaba que para quien piensa, los pensadores mexicanos son una agradable y desafiante compañía.

Señor Presidente: don Octavio Paz decía que vivíamos un "tiempo nublado" y que frente a él es nuestro desafío superarlo recuperando la verdad, la honestidad, el sentido de justicia y el imperativo de la democracia.

Permítame, señor Presidente, evocar las palabras de Carlos Arango Vélez en discurso pronunciado en el recinto de homenaje a don Benito Juárez en el palacio nacional:

"La grandeza de México y de Juárez, en su dimensión continental, estriba en esto. En su lucha y victoria contra la intervención extranjera y contra el sorpresivo establecimiento de una monarquía en el viejo solar de la nueva España, México y Juárez no fueron solamente un país en guerra y un patriota abnegado y fuerte. En tan alta ocasión México fue, por ende, una vanguardia del hemisferio; Juárez, su osado gonfalonero. Verdad que la nación y su capitán, en la determinación de luchar y en la lucha misma, no tenían mandatos sino de sí mismos. Pero esa circunstancia, lejos de recortar sus merecimientos, les engrandecy sublima. Porque la historia americana no ha podido menos de registrar el hecho admirable de que fueron una avanzada y un conductor sin órdenes, sin colaboración, sin apoyo, aún sin las esperadas resonancias del estímulo colombiano, los que se

adelantaron a la epopeya, improvisaron estrategia y táctica, dieron su sangre y encadenaron la victoria para una Patria en vela y para un continente dormido".

Usted y yo en esa "nuestra América" que es el único testigo de nuestros compromisos y de nuestros testimonios cumplimos nuestro destino de gobernantes y de líderes de nuevas realidades aplicando con certeza plena en cada uno de nuestros actos esa enseñanza inolvidable de don Benito Juárez de que "nadie hará por nosotros lo que no seamos capaces de hacer nosotros mismos".

Señor Presidente:

En nombre de Colombia y la Administración que presido, como en mi nombre y el de Nohra, quiero agradecer vivamente su gentil invitación y la generosa hospitalidad con que nos ha recibido. Deseo brindar por el futuro y bienestar del querido pueblo mexicano, por la amistad solidaria entre nuestros países, y por la ventura personal de usted y los suyos.

Gabriel García Márquez nuestro Nobel de literatura, quien supo las dimensiones exactas del tamaño de nuestra soledad, encontró en México la plenitud de la presencia solidaria; Alvaro Mutis, autor del Gaviero que mira futuros, los vio convertidos en presente real en la solidaridad del pueblo mexicano.

Ambos son, desde la dimensión de eternidad que tiene su valor poético, la expresión de Colombia y Latinoamérica que busca tanto hoy como ayer y como lo buscarían mañana, el encuentro permanente con este pueblo que ha sabido ser grande en la historia y da lecciones a diario de latinoamericanidad y universalidad.

Por este querido pueblo mexicano, invito a todos a brindar.